

LA CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO EN LA ANTIGÜEDAD:  
LAS CRIATURAS DE LA NOCHE\*

THE CONSTRUCTION OF THE IMAGINARY IN ANTIQUITY:  
CREATURES OF THE NIGHT

JAIME ALVAR EZQUERRA

*Universidad Carlos III de Madrid*

ARYS, 8, 2009-2010, 17-34 ISSN 1575-166X

---

RESUMEN

La noche es un espacio real y simbólico en el que se dan cita la alteridad física y la cultural. Al otro lado del espacio iluminado por el orden se encuentra el caos, plagado de bestias ficticias y perversiones. No importa que su encuentro se realice en la nocturnidad física, pues igualmente oscura es la noche simbólica de la ignorancia. La indagación de los límites puede realizarse tanto a la luz del día en territorios ignotos o en las sombras de la noche a través de geografías imaginadas. En este trabajo se recorren los límites del imaginario grecorromano en busca de sus bestias liminales y algunas otras dispersas por la producción historiográfica.

PALABRAS CLAVE

Animales imaginarios, seres míticos, monstruos, límites, etnografía, viajeros, nocturnidad, prostitución sagrada.

ABSTRACT

Night is a symbolic and an actual space where physical and cultural otherness meet. Opposite the space lightened by the order, lays chaos, crowded with fictitious beasts and perversions. It doesn't matter if this encounter happens during the physical darkness, as symbolic night of ignorance is equally dark. The inquiry on the boundaries can be made under the sun light in unknown territories or in the dark shadows of the night through imaginary topographies. This paper displays aspects of the limits of the graeco-roman imaginary in search for its liminal and some other beasts scattered over the historiographical production.

KEY WORDS

Imaginary animals, mythical beings, monsters, limits, ethnography, travellers, night, sacred prostitution.

---

Fecha de recepción: 02/03/2010

Fecha de aceptación: 24/01/2011

---

\* Este trabajo es resultado parcial del proyecto de investigación (HAR2008-02434/HIST). También es producto de las reflexiones del Grupo de Investigación "Historiografía e Historia de las Religiones" reconocido y financiado por la Comunidad de Madrid. Agradezco a los lectores anónimos las sugerencias que han propuesto para la mejora del texto.



Mi propósito en este trabajo es indagar de forma somera en los dos espacios que he pretendido identificar en la presentación de este tomo de la revista *ARYS*, en los que se podrían manifestar nuestras Criaturas de la Noche. He de añadir que la noche no es sólo una circunstancia cotidiana de privación del sol. Es asimismo una metáfora de alienidad; de manera que lo que se halla más allá de los confines de lo conocido, es decir, más allá del *predominio* de la luz que es saber y conocimiento, corresponde a la oscuridad y a la noche. Por ende, al mal. Y el mal, como construcción ética, es un atributo que, entre otros, corresponde a las culturas desconocidas, ajenas, oscuras, propias de la noche.

Es, precisamente, a ese entorno al que pertenecen las creaciones mentales, no necesariamente oníricas, aunque compartan el universo de lo irreal. Me refiero, claro está a los monstruos mitológicos, centauros, esfinges, grifos, harpías, sirenas y tantos otros que no merece la pena ahora mencionar, capaces de compartir con los mortales no sólo los espacios de la nocturnidad, sino los de la oscuridad de la ignorancia disfrazada de narrativa popular e intelectual creadora de las escaleras que dan un acceso ficticio a la iluminación del desconocimiento, a la apropiación de los misterios que se ocultan más allá de la luz solar. Más allá, en efecto, existe otro universo imaginario que no ha trascendido desde la descripción literaria hasta su representación plástica, al menos hasta época medieval<sup>1</sup>. Intentaré prestar atención a esos dos nutrientes del imaginario zoomórfico de la Antigüedad, que no es escenario de exclusividad para las monstruosidades por mí elegidas. No me detendré en la fantasía mitológica, pues deseo atender especialmente a los significados de la imaginación más ceñida a la producción literaria.

<sup>1</sup> Una colección de monstruosidades en el mundo clásico puede verse en C. Atherton (ed.), *Monsters and Monstrosity in Classical Antiquity*, Bari, 1998. Una visión más completa en E. De Goutel, *Animaux mythiques et monstrueux*, Paris, 1976. Una introducción general a los monstruos de la Antigüedad y la Edad Media puede hallarse en G. Petit y J. Theodorides, *Histoire de la zoologie des origines à Linné*, París, 1962, 133-147, así como en los ejemplos recogidos en A.E. Farkas, P.O. Harper y E.B. Harrison (eds.), *Monsters and Demons in the Ancient and Medieval Worlds. Papers Presented in Honor of Edith Porada*, Maguncia, 1987. La presencia de los pueblos extraordinarios de tradición antigua en la Edad Media hispana ha sido brillantemente estudiada por S. López-Ríos, *Salvajes y razas monstruosas en la literatura castellana medieval*, Madrid, 1999. Para una percepción de lo historiográficamente monstruoso en épocas posteriores y en especial la novedad que supone el gigante bueno en la Europa renacentista, ha de tenerse bien presente la excelente obra de W. Stephens, *Giants in Those Days: Folklore, Ancient History and Nationalism*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1989 y del propio autor, *Demon Lovers: Witchcraft, Sex, and the Crisis of Belief*. Chicago, University of Chicago Press, 2002. Ese itinerario termina conduciendo a P. Burke, "Frontiers of the Monstrous: Perceiving National Characters in Early Modern Europe", en L. Lunger Knappers y J. B. Landes (eds.), *Monstrous Bodies/ Political Monstrosities*, Ithaca y Londres, 2004, 25-39.

Ctesias<sup>2</sup>, médico de Artajerjes II entre 405 y 398, logró consolidar la tradición fabulística que arranca inconfundiblemente del mismísimo Homero, cuya realidad cotidiana está plagada de hechiceras, sirenas, cíclopes y demás seres fantásticos que se irán reciclando conforme se ensanchen los límites de la ecúmene<sup>3</sup>. Pues bien, tanto Ctesias como Heródoto se hacen eco de la existencia de gentes insólitas en los confines del orbe conocido, es decir, habitantes del caos que es nocturnidad cultural. Entre esas gentes del todo ajenas se encuentran los agripeos que son calvos desde su nacimiento, tanto los hombres como las mujeres (Hd. 4.23); los monóftalmos o cíclopes (Hd. 3.116; 4.13, 27); los hombres con patas de cabra o los que sumidos en el letargo de la noche duermen seis de los doce meses del año (Hd. 4.25).

Se ha identificado una diferencia sustancial entre Ctesias y Heródoto en el hecho de que en Heródoto hay convergencia en la perfección física y moral de sus ejemplos etnográficos: los etíopes son longevos y además altos, fuertes, hermosos, pero también justos, se niegan a atacar a otros pueblos, etc. En cambio, Ctesias no tiene inconveniente en identificar la fealdad y la justicia en el mismo pueblo, de modo que las cualidades éticas son independientes de la perfección física. Esto parece indicar que es precisamente a lo largo del siglo V cuando se introduce un progresivo proceso de organización racional de la periferia que convive aún con la indiferenciación precedente<sup>4</sup>. Heródoto, que define lo heleno por oposición a lo bárbaro, parece inspirado en la lógica necesaria de un mundo bárbaro claramente caótico, definitivamente diferente a la nuclearidad helena; mientras que Ctesias aún convive bien con una etnología de los confines contradictoria, en la que caben pájaros que hablan como los hombres<sup>5</sup> o los antropófagos *martichoras*, seres con fisonomía de león y escorpión, pero con rostro humano<sup>6</sup>. En Ctesias, quizá por las fuentes de las que depende y por su propia concepción del mundo, todavía no está claramente diferenciado el mundo animal y el humano. En cambio, Heródoto requiere un mayor peso de racionalidad, que no elimina la credulidad ingenua, sino que pretende organizar lo irracional.

2 Frente a las posiciones extremadamente críticas a propósito de la obra de Ctesias, véase la más ponderada visión de K. Karttunen, "The Reability of the *Indika* of Ktesias", *Studia Orientalia*, 50, 1981, 105-107.

3 J. Heath, *The Talking Greeks. Speech, Animals, and the Other in Homer, Aeschylus, and Plato*. Cambridge, 2005. Ha de tenerse presente el libro clásico de O. Körner, *Die homerische Tierwelt*, Berlin, 1880 (2ª ed. Munich, 1930) y su otro libro: *Das homerische Tiersystem und seine Bedeutung für die zoologische Systematik des Aristoteles*, Wiesbaden, 1917. Véase, además, S. Lilja, "Theriophily in Homer", *Arctos* 8, 1974, 71-78 y A. Schnapp-Gourbeillon, *Lions, héros, masques. Les représentations de l'animal chez Homère*, París, 1981. A propósito de las sirenas: S. de Rachewiltz, *De Sirenibus. An Inquiry into Sirens from Homer to Shakespeare*, N. York, 1987.

4 Desde otra perspectiva constata la misma realidad en su libro V. Dasen, *Dwarfs in Ancient Egypt and Greece*, Oxford, 1993, 188.

5 J.M. Bigwood, "Ctesias' parrot", *Classical Quarterly*, 43, 1993, 321-327.

6 R. Wittkower, "Marvels of the East. A Study in the History of Monsters", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 5, 1942, 159-197; p. 161: es el propio Ctesias el que dice que *martichoras* en griego significa *anthropophagos*, a partir de la traducción directa de *mard* = hombre y *chora* = comer, en lengua persa. Véase el revelador trabajo de P. Li Causi, *Sulle tracce del mantichora. La zoologia dei confini del mondo in Grecia e a Roma*, Palermo, 2003.

Así se explica la desconcertante capacidad de hablar de las palomas de Dódona; también lo hacen las aves de Ctesias, pero las de Dódona se entienden como metáfora de las mujeres bárbaras, que hablan con un lenguaje, parecido al de las aves, que sólo adquiere sonido humano cuando hablan griego (Hd 2.55-7). Con estos procedimientos se hace un mapa de lo propio, por oposición a lo ajeno, del mismo modo que las atribuciones fantásticas permiten señalar lo extraordinario en el seno de la propia cultura. A ello responde la capacidad otorgada a los animales para hablar, una peculiaridad exclusiva en el hombre, mediante la cual se establecen referentes internos y externos de liminalidad<sup>7</sup>.

Para Aristóteles los monstruos caracterizados por una fisonomía normal pero de tamaño extraordinario apenas tienen interés<sup>8</sup>. Le llaman la atención las enormes serpientes de Libia capaces de atacar a los marineros desde tierra firme y perseguirlos en sus trirremes hasta altamar (*Historia de los Animales* 8.28, 606b 9-13). En su juventud Aristóteles redactó un tratado, que no se conserva, sobre los animales mitológicos, pero no parece que en su edad adulta se interesara de nuevo por ellos, ya que sólo aparecen circunstancialmente –y en general para negar su existencia– en el *Corpus Aristotelicum*<sup>9</sup>. Menciona Aristóteles animales que se consideraban extraordinarios, como el asno unicornio, el marticoro y el órix, pero que responden en realidad a animales insólitos en la zoología griega, pues no son otra cosa –según las explicaciones racionalistas– que el rinoceronte indio, el tigre y el órix. Más interés mostró Aristóteles por los monstruos reales, es decir, las malformaciones y anomalías debidas esencialmente a la presencia de miembros supernumerarios o a su carencia, a los siameses, a las desproporciones, etc.<sup>10</sup>, es decir, aquello que pudiéramos denominar la producción oscura de la biología en la cultura propia. Pero todo ello queda integrado dentro del discurso de la lógica propia de los límites de lo racional y sus cualidades éticas, preocupación evidente en el fundador del Liceo<sup>11</sup>.

7 J.M. Bigwood, "Ctesias' *Indika* and Photius", *Phoenix*, 43, 1989, 302-316, esp. 313; Heath, *The Talking Greeks* (cit. n. 3); P. Wackers, "Mutorum animalium conloquium or, why do animals speak?", *Reinardus. Yearbook of the International Reynard Society*, 1, 1988, 163-174.

8 Sobre la concepción aristotélica de lo monstruoso véase, C. Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, 1986 (París 1980), 235 ss., para el contexto general de su zoología véase W. Kroll, *Zur Geschichte der aristotelischen Zoologie*, Viena, 1940 y A. Zucker, *Aristote et les classifications zoologiques*, Louvain-la-Neuve, 2005.

9 P. Louis, "Les animaux fabuleux chez Aristote", *REG*, 80, 1967, 242-246; P. Li Causi, « Il mondo ipotetico. Aristotele e il trattamento delle rappresentazioni relative agli animali favolosi », en V. Andò y A. Cozzo (eds.), *Pensare all'antica. A chi servono i filosofi?*, Roma, 2002, 136-158, véase como antecedente: J. Frère, *Le bestiaire de Platon*, París, 1998.

10 P. Louis, "Monstres et monstruosités dans la Biologie d'Aristote", en J. Bingen, G. Cambier y G. Nachtergaele (eds.), *Le monde grec. Pensée, littérature, histoire, documents. Hommages à Claire Préaux*, Bruselas, 1975, 277-284.

11 W. Fortebbaugh, "Aristotle: Animals, Emotion, and Moral Virtue", *Arethusa*, 4, 1971, 137-165; W. Kullmann, *Die Teleologie in der aristotelischen Biologie. Aristoteles als Zoologe, Embryologe und Genetiker*, Heidelberg, 1979. Una dimensión filosófica del problema en R. Sorabji, *Animal Minds and Human Morals: The Origins of Western Debate*, Ithaca, 1993; L. Bodson (ed.), *Le statut éthique de l'animal. Conceptions anciennes et nouvelles*, Lieja, 1996; S.T. Newmyer, "Speaking of beasts: the Stoics and Plutarch on animal reason and the modern case against animals", *Quaderni Urbinati di cultura classica* 92, 1999, 99-110; más recientemente: S.T. Newmyer, *Animals, Rights, and Reason in*

La etnografía de los confines de la tierra no es en la literatura griega propiamente mitología, pero tiene conexiones muy estrechas con ella. Por una parte, porque los héroes fronterizos de la liminalidad recorren precisamente los confines para irlos integrando en el paisaje helenizado de la ecúmene, rescatándolos de la barbarie, de manera que la geografía mítica se confunde frecuentemente con la etnografía de los confines. Por otra parte, porque los recursos del imaginario son coincidentes en la descripción de ambos paisajes, tanto en la iconografía como en el lenguaje<sup>12</sup>.

La localización de animales monstruosos en los territorios fronterizos tiene como objetivo por un lado destacar la oposición bárbaro/civilizado – centro/periferia – luz/oscuridad – orden/caos y, por otro, mediante la repetición de los monstruos que otrora fueron doblegados en la propia Hélade, se suscitan otros opuestos como pasado/presente – inferior/superior – conocimiento/ignorancia que, en su conjunto, justifican la conquista, la dominación, la ocupación, la incorporación de esos espacios doblegados a la ecúmene. Y al mismo tiempo, en esa periferia de la ecúmene es posible situar escenarios deseados, otros tiempos, otras culturas que sirven de referente para la perfección social, como la India o la Atlántida<sup>13</sup>, de modo que lo fronterizo es naturalmente de paradójica radicalidad. El caos y la utopía pueden localizarse en el mismo espacio simbólico, en el más allá de nuestra propia realidad<sup>14</sup>. Ellos son la noche y sus criaturas, que se formalizan en un proceso de construcción intelectual cargado de connotaciones y referencias en las que se asienta el imaginario<sup>15</sup>.

Por otra parte, debemos añadir el fondo psicológico subyacente en la etimología, pues todo monstruo es un signo divino, un fenómeno anómalo portador de una señal sobrenatural, una premonición, un portentoso (gr. *teras* = portentoso y animal monstruoso), cuyos referentes han de ser correctamente elucidados para obrar conforme a la voluntad del dios mandante<sup>16</sup>. Desde luego, la marca del ser nacido con características fisiológicas diferentes a las de sus padres hubo de ser enorme, tanto en sentido positivo como negativo, pues dependía de la deforma-

---

*Plutarch and Modern Ethics*, Londres, 2005 y G. Steiner, *Anthropocentrism and Its Discontents. The Moral Status of Animals in the History of Western Philosophy*, Pittsburgh, 2005.

12 D. Lenfant, "Milieu naturel et différences ethniques dans la pensée grecque classique", *Ktema*, 16, 1991, 111-122; R. Buxton, *Imaginary Greece: the Contexts of Mythology*, Cambridge, 1994.

13 Véase en último lugar P. Vidal-Naquet, *La Atlántida. Pequeña historia de un mito platónico*, Madrid, 2006 (Paris 2005).

14 Sobre este menester puede consultarse, de forma general, D. Dawson, *Cities of the Gods: Communist Utopias in Greek Thought*, Oxford, 1992; sobre utopías en época helenística y altoimperial, tanto en el ámbito grecorromano, como en judaísmo: M.A. Beavis, *Jesus & Utopia: Looking for the Kingdom of God in the Roman World*, Minneapolis, 2006.

15 D. Sperber, "Pourquoi les animaux parfaits, les hybrides et les monstres sont-ils bons à penser symboliquement?", *L'Homme*, 15.2, 1975, 5-24 (versión inglesa: « Why are perfect animals, hybrids, and monsters food for symbolic thought? », *Method & Theory in the Study of Religion*, 8, 1996, 143-169; este estudio había sido previamente publicado italiano como monografía: *Animali perfetti, ibridi e mostri*, Roma 1986). W.R. Morgan, *Constructing the Monster. Notions of the Monstrous in Classical Antiquity*, Diss. Deakin University, 1984.

16 H. Santisteban Oliva, *Tratado de Monstruos. Ontología teratológica*, México, 2003.

ción y su interpretación causal el que fuera aceptado de una u otra manera<sup>17</sup>. Pero no son las deformidades humanas las que nos interesan en este trabajo, a pesar de que es a ellas a las que mayor atención presta Aristóteles.

En cualquier caso, los límites de la ecúmene están dibujados no sólo por la luz que frente a la noche arroja el uso del griego, sino también por la presencia de los animales fabulosos que se dispersan por los cuatro puntos cardinales, sinónimos de la oscuridad y del desconocimiento. Allí, los hombres dejan de serlo en la forma que le es propia a los griegos y por ende conviven con animales que son distintos a los del mundo civilizado. Los árboles, los bosques, las montañas y los paisajes también adquieren dimensiones extraordinarias. El recurso para dar credibilidad a tales fantasías es el de la transmisión oral, pues se trata de territorios no explorados directamente por quien proporciona la noticia, sino que se la ha oído a alguien procedente de aquellos inhóspitos parajes. En este sentido adquiere una dimensión especial el viaje de Alejandro, pues habría servido para corroborar cuanto la imaginación precedente había construido, de modo que los historiadores, creadores del mito macedonio, contribuyeron eficazmente en la historicidad de la producción imaginaria. Luego llegarán autores más racionalistas como Estrabón para tildar de mentirosos a todos los propagadores de tales fantasías, pero el alimento del imaginario había arraigado ya profundamente en la mentalidad colectiva<sup>18</sup>.

La oscuridad de los puntos cardinales está representada por la India, Etiopía, los hiperbóreos y el Océano. En esos confines pueden situarse los productos del imaginario onírico o real, son el asiento y depósito de los opuestos culturales y por ello vamos a dedicarles una mirada puntual.

Las mujeres pilosas del Occidente, a las que nos referiremos más abajo, no son más que una pálida sombra de los portentos que la imaginación griega situó en la India, su extremo oriental del mundo conocido. La India había sido inicialmente explorada por Escílax de Carianda, un almirante jonio que al servicio del rey persa Darío la recorrió parcialmente, así como las costas del mar Rojo<sup>19</sup>. Su relato sería utilizado, seguramente, por Hecateo de Mileto y Heródoto (4.44). Buena parte de los estereotipos dominantes sobre la India fabulosa quedarían establecidos por él, en especial lo concerniente a biotipos insólitos, como los macrocéfalos o los calatias y los padeos, pueblos ambos antropófagos según Heródoto (3.38 y 99)<sup>20</sup>, o los esciápodos, que se hacen sombra con sus propios

17 D. Lenfant, "Monster in Greek Ethnography and Society in the Fifth and Fourth Centuries BCE", en R. Buxton (ed.), *From Myth to Reason? Studies in the Development of Greek Thought*, Oxford, 1999, 197-214.

18 J. Engels, "Die strabonische Kulturgeographie in der Tradition der antiken geographischen Schriften und ihre Bedeutung für die antike Kartographie", *Orbis Terrarum*, 4, 1998, 63-114; *idem*, *Augusteische Oikumenengeographie und Universalhistorie im Werk Strabons von Amaseia*, Stuttgart, 1999; D. Dueck, H. Lindsay y S. Pothecary (eds.), *Strabo's Cultural Geography. The Making of a Kossourgia*, Cambridge, 2005.

19 M. Cary y E.H. Warmington, *The Ancient Explorers*, Londres, 1929, 61-62; A. Peretti, *Il Periplo di Scilace. Studio sul primo portolano del Mediterraneo*, Pisa, 1979; F. Gómez Espelosín, *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Madrid, 2000, 86-104.

20 Además de la obra citada en la nota 2, K. Karttunen, *India in Early Greek Literature*, Studia

pies<sup>21</sup>, o las hormigas gigantes productoras de oro de las que se hace eco Heródoto (3.102-105)<sup>22</sup>.

El libro tercero de las *Historias* de Heródoto, está plagado de datos sobre portentosos animales, en general encargados de proteger los más preciados bienes de los lugareños; así, el incienso se producía en unos árboles guardados por serpientes aladas, que sólo se amedrentaban ante el humo de la combustión de una determinada planta; la canela surgía en un lago en el que un tipo de murciélago atacaba a quien no iba completamente cubierto; el cinamomo se encontraba en los nidos de unas aves gigantescas situados en riscos peligrosos a las que sólo se podía vencer ofreciendo grandes trozos de buey cuyo peso hacía caer los nidos y el lédano se hallaba adherido a las barbas de machos cabríos que vivían en parajes pestilentes<sup>23</sup>.

Desde entonces se iría formalizando una imagen de la India dominada por la fascinación de lo ininteligible que se acentúa en Ctesias de Cnido, al que ya hemos hecho referencia, autor de una obra sobre la India en veintitrés libros, que sólo se conserva por resúmenes posteriores. Su obra, sin duda tremendamente fantástica y por ello relegada por la crítica, gozó de abundantes lectores<sup>24</sup>. En ella se describían tanto animales fantásticos como reales, grifos custodios de las montañas de oro<sup>25</sup>, papagayos capaces de imitar la voz humana<sup>26</sup>, asnos unicornios<sup>27</sup>, cuyos cuernos servían de recipiente para beber un líquido que acababa con los espasmos y servía de antídoto para los venenos, o un gusano fluvial que ingería bueyes enteros<sup>28</sup>. La misión de todo ello era procurar deleite a sus lectores, los griegos metropolitanos entusiasmados por el engrandecimiento de la ecúmene como consecuencia de la colonización y de la apertura de nuevas rutas comerciales, al tiempo que afianzaba una visión optimista en la reivindicación de la Hélade, capaz de generar un espacio de seguridad frente al formidable mundo exterior<sup>29</sup>. Igualmente creativo se manifestó en la descripción de humanoides monstruosos, como los hombres con unas orejas tan enormes que podían cubrirse con ellas la cara, o aquellos otros que tenían cabeza de perro, los cinocéfalos<sup>30</sup>, o los que carecían de ano, lo que los obligaba a tener una alimentación especial a base de leche y evacuaban vomitando<sup>31</sup>, o los pigmeos -feos, chatos,

Orientalia vol. 65, Helsinki, 1989, 197-202.

21 Estas noticias están recogidas en Filóstrato, V.A. 3.47.

22 Karttunen, *India*, 171-176.

23 Gómez Espelósín, *El descubrimiento*, 101.

24 Gómez Espelósín, *El descubrimiento*, 253-260.

25 Kasttunen, *India*, 177-180.

26 Bigwood, "Ctesias' parrot", *CIQ* 43, 1993, 321-327.

27 Probablemente se trataría del rinoceronte indio, de aquí surgiría uno de los nutrientes del mito del unicornio. Kasttunen, *India*, 168-170.

28 Kasttunen, *India*, 190-192.

29 J. Gil, *La India y el Catay. Textos de la Antigüedad clásica y del Medievo Occidental*, Madrid, 1995, que incorpora una traducción del resumen de Ctesias realizado en el siglo IX por el patriarca de Constantinopla Focio; véase también K. Karttunen, *India and the Hellenistic World*, Helsinki, 1999.

30 Kasttunen, *India*, 180-185.

31 Lenfant, *loc. cit.* 206-207.

peludos y con un grueso pene que les llega hasta los tobillos<sup>32</sup>- de los que ya se tenía noticia a través del Egipto faraónico y que parecen haberse desplazado a Asia por el arbitrio del autor<sup>33</sup>. Tanto antes, en Homero, como con posterioridad los pigmeos se habían hecho famosos por sus combates con las grullas, tema recurrente en la musivaria romana<sup>34</sup>. También Ctesias da a conocer hombres con una sola pierna, u otros con ocho dedos en cada mano<sup>35</sup>. En cualquier caso, las anomalías recogidas por los distintos autores se justificaban en gran medida por la proximidad de la India al sol. No en vano aparecía por allí, de modo que la gente sufría quemaduras que obligaban a la intervención de los dioses que enfriaban el aire durante la celebración de sus ceremonias. El sol era, asimismo, responsable del desmesurado tamaño de los animales.

Durante la época imperial romana, la India mantuvo ese halo de tierra depositaria de todas las clases de *mirabilia*<sup>36</sup>. Desde luego, la fama de esta India exuberante y bestial arraigó profundamente y sería incrementada tras la campaña de Alejandro, lo que contribuye al éxito enorme que esta tradición mantiene en época medieval, tal y como estudió Rudolf Wittkower<sup>37</sup>. Megástenes sería en buena medida responsable de la persistencia de las tradiciones fabulísticas, pues en su tratado perdido sobre la India se recogen no sólo las viejas historietas, sino que se incrementan con otras de su propia cosecha. Megástenes viajó a la India en torno al año 300 a.C. enviado por Seleuco Nicátor, el diádoco que se quedó con la parte asiática del Imperio de Alejandro<sup>38</sup>. Estrabón, en época de Augusto, aún reconociendo el carácter fabulador de Megástenes, se sirve de su obra para componer la parte de la India que aparece en el Libro II de su *Geografía*<sup>39</sup>. Allí se mencionan, por ejemplo, los hombres sin nariz, los pigmeos que luchan contra las grullas, los panotios, aquellos que tienen orejas tan grandes que se tapan con ellas para dormir, los opistodáctilos que tienen los pies al revés, los átomos que carecen de boca porque se alimentan con el olfato<sup>40</sup>.

32 Lenfant, *ibidem*.

33 J. Romm, "Belief and other Worlds: Ktesias and the Founding of the "Indian Wonders"", en G.E. Slusser y E.S. Rabkin (eds.), *Mindscapes. The Geographies of Imagined Worlds*, Carbondale & Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1989, 121-135. Los pigmeos aparecen por vez primera en la literatura griega en la *Ilíada* (3.6) y, a partir de ahí, prácticamente en toda la literatura de lo fantástico.

34 P.G.P. Meyboom y M.J. Versluys, "The Meaning of Dwarfs in Nilotic Scenes", en L. Bricault, M.J. Versluys y P.G.P. Meyboom (eds.), *Nile into Tiber. Egypt in the Roman World. Proceedings of the IIIrd International Conference of Isis Studies, Leiden May 11-14 2005*, RGRW 159, Leiden-Boston, 2007, 170-208.

35 Lenfant, *loc. cit.* 207.

36 G. Parker, *The Making of Roman India. Greek Culture in the Roman World*. Cambridge-N. York, 2008.

37 Wittkower, "Marvels of the East", 159-197, en especial, p. 166 ss.

38 S. Goyala, *The Indica of Megasthenes : its contents and reliability*, Jodhpur, 2000.

39 Una presentación de estas cuestiones y traducción de la India de Estrabón en Gil, *La India y el Catay*, 171-177 y la traducción de 178 a 243. También se puede leer en Estrabón, *Geografía*, tomo I (libros I y II), intr., trad. y notas de J.L. García Ramón y J. García Blanco, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1991.

40 Gil, *La India y el Catay*, 224-227.

A estos datos agrega otros nuevos Pomponio Mela, autor de una *Chorographia*, es decir, una descripción de la tierra, en época del emperador Claudio, que se hace eco de todos los pueblos extraordinarios y menciona dónde se encuentran los animales mitológicos, como el ave Fénix, los *lycaones*, las esfinges, los pegasos o los grifos, aunque introduce una nota de escepticismo en su descripción (1.23)<sup>41</sup>. Por cierto, recientemente se ha publicado un libro de extraordinario interés en el que se recogen los textos literarios en los que se proporciona información sobre restos óseos gigantescos, a partir de los cuales se podrían haber originado algunos mitos vinculados con animales fantásticos; en efecto, son de enorme relevancia las descripciones de huesos petrificados que suscitaron el interés y la admiración de sus observadores en la Antigüedad<sup>42</sup>. Aunque la *Chorographia* del autor hispano fue muy usada por otros escritores latinos, como Quinto Curcio, Plinio el Viejo o Tácito, apenas tuvo repercusión en la Edad Media, pues sólo se multiplican los manuscritos a partir del siglo XV<sup>43</sup>.

Más repercusión que Mela tuvo la *Historia Natural* de Plinio, treinta y siete libros en los que de forma no sistemática se recoge buena parte de los saberes de la época<sup>44</sup>. A él se debe la mejor colección de animales y plantas extravagantes<sup>45</sup>. En el libro séptimo describe la raza humana y siguiendo las informaciones de Ctesias, Megástenes, Aristóteles y Onesícrito entre otras fuentes, se refiere de nuevo a los opistodáctilos, a los cinocéfalos, los blemies que tienen la cara en el pecho o los coromandas (*NH* 7.24), tomados de un autor griego, por lo demás desconocido, de nombre Taurón que habría compuesto un tratado fabulístico sobre la India. Estos coromandas eran un pueblo que habitaba los bosques y que en lugar de comunicarse mediante palabras emitían unos alaridos terroríficos; sus cuerpos estaban completamente cubiertos de vello, tenían los ojos blancos y dientes como los de los perros<sup>46</sup>.

En el sur, Egipto no fue objeto de tantas fantasías, quizá porque la presencia griega en el territorio nilótico fue más continua y por ello el imaginario situó en límites más meridionales la presencia de gentes y animales exóticos. Proba-

41 F.E. Romer, *Pomponius Mela's description of the World*, Michigan University Press, 1998, p. 14.

42 A. Mayor, *The First Fossil Hunters. Paleontology in Greek and Roman Times*, Princeton y Oxford, 2000, 15-53.

43 En castellano puede consultarse Pomponio Mela, *Corographia*, introducción, traducción y notas de C. Guzmán Arias, Universidad de Murcia, 1989; Gil, *La India y el Catay*, 245-246, incluye una traducción parcial. Sobre la fama de Mela en el medievo: C.M. Gormley, M.A. Rouse y R.H. Rouse, "The Medieval Circulation of the *Chorographia* of Pomponius Mela", *Mediaeval Studies*, 46, 1984, 266-320. La recepción de Mela en la España Medieval se encuentra en López-Ríos, *Op. cit.* 109.

44 Una introducción a la obra del naturalista en el contexto de las colecciones de saberes puede verse en J. Alvar, "Recopilaciones enciclopédicas en la Antigüedad", en A. Alvar (ed.), *Las Enciclopedias en España antes de l'Encyclopédie*, Madrid, CSIC, 2009, 65-82. Véase, además: J. König y T. Whitmarsh (eds.), *Ordering Knowledge in the Roman Empire*, Cambridge-New York, Cambridge University Press, 2007.

45 E. Caprotti, "Animali fantastici in Plinio", en *Plinio e la natura. Atti del ciclo di conferenze sugli aspetti naturalistici dell'opera pliniana (Como 1979)*, Como, 1982, 39-61; L. Bodson, « La zoologie romaine d'après les *Histoires Naturelles* de Pline », *Helmantica*, 37, 1986, 107-117. M. Beagon, *Roman Nature. The Thought of Pliny the Elder*, Oxford, 1992.

46 Una traducción parcial del libro VII de la *NH* se encuentra en Gil, *La India y el Catay*, 309-314. La fama medieval de Plinio en López-Ríos, *Op. cit.* 110-111.

blemente uno de los *topoi* más recurrentes son los trogloditas, los habitantes de cuevas, enmarcados en un modelo antropológico preestablecido en el que se destaca su rudimentaria sencillez, su integridad, su desprecio por los bienes materiales y cuantos estereotipos corresponden al “buen salvaje”. Al parecer, la primera mención que de ellos se hace está en la información proporcionada por el ya mencionado Escílax de Carianda, a finales del siglo VI, el cual sitúa a este pueblo rudimentario en las costas del mar Rojo, creando así un lugar común que encontramos reiteradamente reproducido en la literatura de viaje. Heródoto (4.183), en el siglo V, menciona a los etíopes trogloditas, pero será Agatárquides de Cnido, a mediados del siglo II a.C., el mejor ejemplo de esta imagen heredada de Nubia y de las orillas meridionales del mar Rojo<sup>47</sup>. En la región de Libia había fama de que unos seres monstruosos de aspecto femenino y crueldad extrema llegaban hasta las Sirtes; aterrorizaban con la mirada a sus víctimas que quedaban hechizadas, como si de verdaderas gorgonas se tratara. Así las describe ya en época imperial Dion de Prusa (*Or.* 5).

Las regiones del norte fueron menos proclives a suscitar la imaginación de los griegos, al margen de los famosos hiperbóreos, un pueblo que abarca todas las regiones septentrionales desconocidas al que no se atribuye ninguna cualidad especial, si no es su carácter beatífico según Hecateo de Abdera que redactó un *Tratado sobre los hiperbóreos* a finales del siglo IV a.C. y del que sólo sabemos por una referencia de Diodoro Sículo (2.47). Mucho antes, en época arcaica, Aristeas de Proconeso había escrito un poema épico cuyo tema era el viaje al confín septentrional de la ecúmene<sup>48</sup>, donde se localizan los arimaspeos, cuya singularidad más notoria es que sólo tienen un ojo, como los cíclopes, pero a diferencia de éstos tienen numerosos rebaños y su aspecto es agraciado, pues son los más robustos de todos los hombres; junto a ellos, naturalmente, los grifos protectores del oro y, mucho más al norte, ya se encuentran los hiperbóreos, de felicísima vida, según el relato transmitido por Heródoto (4.13-16) en el que sigue a Aristeas. No tan lejos, en los límites inmediatos de la Hélade hay otro pueblo sorprendente, las amazonas, las mujeres guerreras que viven sin varones y que son indómitas. Sin embargo, el último héroe griego, el gran Alejandro será capaz de doblegar, no ya por la fuerza, sino por sus encantos, a la reina de las amazonas, Talestris, que permanece junto a él durante trece días y sus respectivas noches con la intención de engendrar un hijo (*Quint. Curt.* 3, VI, 5, 24 – 32)<sup>49</sup>.

El Occidente también era sobradamente conocido desde tiempos remotos. Al inicio de la presencia griega, a finales del siglo VII, se reubicaron en la Península Ibérica algunos de los espacios míticos, en especial los correspondientes al ciclo heracleo y Tántalo, es decir, el descenso al Hades y el mundo de la muerte, pues era allí por donde se ocultaba el sol. En el juego de contrarios, Iberia era lo

47 S.M. Burstein, *Agatarchides of Cnidus. On the Erythraean Sea*, Londres, 1989; Gómez Espelosín, *El descubrimiento*, 262-263.

48 J.D.P. Bolton, *Aristeas of Proconesus*, Oxford, 1962; A. Ivantchik, “La datation du poème l’Arimaspee d’Aristéas de Proconnèse », *Antiquité Classique*, 62, 1993, 35-67.

49 A. Domínguez Monedero, “Entre mito e historia: Alejandro y la reina de las amazonas”, en J. Alvar y J.M. Blázquez, *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, 2000, 171-198.

opuesto a la India, pero al ser menos desconocida resultaba más difícil localizar en ella fenómenos maravillosos ya en época helenística. Sin embargo, más allá de la tierra occidental estaba el Océano inmenso capaz de albergar incontrastables fantasías. Cualquier circunstancia es adecuada para introducir un elemento extraordinario que le confiera una dimensión sobrecogedora y espectacular al relato.

Un ejemplo singular se encuentra en un insólito documento, el denominado *Periplo de Hanón*<sup>50</sup>. Se trata de la traducción griega del relato de un viaje realizado por un general cartaginés allá por el año 500 a.C. con la misión de fundar colonias en el litoral atlántico del norte de África y explorar la riqueza de sus costas. Sólo se conserva un manuscrito, el llamado de Heidelberg, con el texto griego que presume ser una traducción de un original epigráfico cartaginés. Que no se trata de una invención medieval se sabe porque en la Antigüedad este relato era conocido, pues aparece reflejado en numerosas obras al menos desde el siglo II a.C. Por otra parte, la historicidad del viaje ha sido puesta en duda reiteradamente, pero para nuestro propósito actual lo importante es constatar cómo en la literatura periplea griega cabían unos seres monstruosos con los que se toparía Hanón al final de su viaje. Por dos veces se mencionan gentes salvajes (*anthropon agrion*, 9 y 18), con los que la tarea del intérprete se hace inútil. En el segundo caso, se hace referencia a los habitantes de una isla cuyas mujeres eran muy velludas, a las que denominaron “gorilas”. Algunas fueron cazadas y sus pieles colgadas en la empalizada defensiva del campamento, según un relato en el que se entremezcla el horror de lo monstruoso con el miedo generado por las visiones nocturnas<sup>51</sup>.

Y si los pueblos situados en las costas son susceptibles de albergar la alteridad más espantosa, el propio Océano es depósito excepcional de seres imaginarios. Un viejo periplo de probable origen fenicio, pero del que sólo tenemos conocimiento por un extenso poema geográfico del siglo IV d.C., la afamada obra de Avieno, *Ora Maritima (Las orillas del mar)*, alude al viaje de un navegante cartaginés, Himilcón, que habría emprendido su viaje exploratorio de la costa atlántica europea al mismo tiempo que Hanón exploraba la africana (OM 114-129, 380-389, 404-415). A él hace también referencia el naturalista Plinio,

50 La bibliografía es muy abundante. Es imprescindible mencionar inicialmente los *Geographi Graeci Minores* de K. Müller (vol. I, París, 1855); además, Cary y Warmington, *Op. cit.* 1929, 47-52; es muy importante el trabajo de J. Desanges, *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, París-Roma, 1978. En castellano hay una edición bilingüe comentada por J.E. Casariego, *El Periplo de Hanón de Cartago*, Madrid, 1947; un análisis más profundo en L.A. García Moreno y F.J. Gómez Espelosín (eds.), *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Madrid, 1996, 99-112 (el texto traducido ocupa de la página 113 a la 121). Véase una puesta al día en Gómez Espelosín, *El descubrimiento del mundo*, 145-155, que mantiene un punto de vista crítico sobre la historicidad estricta del periplo y sugiere que podría ser producto literario de la Biblioteca de Alejandría; A. Mederos y G. Escribano, “El periplo norteafricano de Hannón y la rivalidad gaditano-cartaginesa de los siglos IV-III AC”, *Gerión*, 18, 2000, pp. 77-107. Para una contextualización reciente: D.W. Roller, *Through the Pillars of Heracles. Graeco-Roman Explorations of the Atlantic*, Londres, 2006.

51 F.J. González Ponce, “Los huidizos gorilas de Hanón y la tradición helenística sobre la zoolo-gía fabulosa de la India”, *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desange*, Sevilla, 2008, 291-304.

que ofrece datos adicionales de interés para el viaje realizado (*NH* 2.169a). Pues bien, este Himilcón atribuye al Océano peculiaridades temibles, como la existencia de extensiones enormes de plantas que impiden el avance de los barcos, la ausencia de vientos y los consabidos monstruos marinos (*OM* 118 ss.). El Océano hervía al ponerse el sol y los vapores resultantes hacían asimismo imposible que los marineros se acercaran a observar el portento diario del sol engullido por las aguas. En tales circunstancias no puede extrañar que se fraguara un zoológico monstruoso en aquellas aguas que, como indica Pausanias (1.4.1), en torno al año 100 a.C., albergaba animales desconocidos en los otros mares. La fama de estas aguas como reservorio de animales imaginarios reaparece en un autor serio y poco dado a las fantasías de antaño. Me refiero, naturalmente, a Tácito, quien en los *Anales* (2.24), al hablar de la campaña del año 16 d.C. en las costas de Germania menciona la existencia de aves inauditas, de monstruosos animales marinos, de híbridos mitad humanos mitad animales, que habían sido vistos por los soldados supervivientes. En cualquier caso, el mar fue constante fuente de inspiración para la creación y localización de seres sobrenaturales<sup>52</sup>.

Todo el Occidente, influido por el imaginario griego, se llena de monstruosos seres híbridos que tan del agrado fueron de los pueblos indígenas. La cerámica y la escultura ibera proporcionan numerosos ejemplos, a veces ingenuos, a veces horripilantes de estos seres que poblaron las noches de Contestania, de Edetania o de Oretania<sup>53</sup>.

Y al margen de las criaturas asombrosas situadas en los confines de los puntos cardinales, es necesario hacer alusión a otros autores que contribuyeron de forma significativa en la construcción noctámbula de criaturas imaginarias. Un depósito casi sin fin es la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, cuya magnitud le restó lectores que sólo dedicaron su tiempo a libros más breves. De entre ellos merece especial mención el *Polyhistor* de Solino, redactado probablemente entre mediados del siglo III y mediados del IV, en gran medida a partir de la información proporcionada por el propio Plinio. Su obra se conoce habitualmente como *Collectanea rerum memorabilium* o *De mirabilibus mundi*<sup>54</sup>. Ya en su edición de Solino indicó Mommsen la deuda que éste tenía contraída con la *Historia Natural* de Plinio, pues es de ella de donde obtiene la información que transmite a propósito de los cíclopes y arimaspeos (5.14; 15.20), de los hiperbóreos y amazonas (16.1; 17.2), de los panotios, cinocéfalos y blemies (19.4; 27.48; 31.5), de los garamantes (29.1), de los opistodáctilos y ástomos (52.26; 52.30), de los gimnosofistas (52.25), himantópodos, hombres que, en lugar de andar

52 C. García Gual, "Viajes al fondo del mar", en R. de Cózar y G. Santonja (eds.), *Sirenas, monstruos y leyendas: bestiario marítimo*, Madrid, 1998, 43-62.

53 Asunto bellamente ilustrado en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres Híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos. Actas del Seminario-Exposición, 7-8 marzo, 2002*, Madrid, 2003.

54 Wittkower, "Marvels of the East", 167. Es imprescindible para cualquier lector: Solino, *Colección de hechos memorables o El Erudito*, Introducción, traducción y notas de Francisco J. Fernández Nieto, Madrid, Editorial Gredos, Col. Biblioteca Clásica Gredos 291, 2001; sobre la cronología de Solino, el autor defiende con buenos argumentos, su localización entre finales del siglo III y la primera mitad del IV, retrasando así la fecha con mayor frecuencia aceptada, en las décadas de los 60 y 70 del siglo III.

erguidos, reptan (31.6) y tantas otras anomalías de la naturaleza previamente consignadas<sup>55</sup>.

En la transmisión de los conocimientos fabulados de la Antigüedad al Medioevo desempeña un papel importantísimo la *Vida de Apolonio de Tiana* redactada por Filóstrato ya en el siglo III<sup>56</sup>. Apolonio viaja por todo el orbe y en su recorrido va reviviendo todo el universo imaginario construido por la fantasía grecolatina desde la época arcaica<sup>57</sup>. Los grifos custodios de las montañas del oro, los asnos unicornios, los pigmeos, los cinocéfalos, como elementos más notorios del consabido repertorio, es decir, un verdadero viaje literario como indica Gómez Espelosín<sup>58</sup>. Y, cómo no, la famosa novela de Alejandro, atribuida falsamente a Calístenes que había acompañado al conquistador macedonio. En realidad se trata de una obra de ficción de época romana, pero que usa un relato helenístico, en la que se da cabida a toda la fantasía generada en torno a Alejandro. No sólo recoge cuanto ayuda a la creación del mito, sino que se hace eco de todas las extravagancias imaginables: Alejandro atraviesa un país cuyos habitantes tienen un tamaño gigantesco con el cuerpo esférico y la cara de león, mientras que otros no tienen vello en todo el cuerpo. En otro lugar vio a un hombre completamente velludo que ladraba como un perro, pájaros que al tocarlos despedían fuego, asnos de seis ojos, hombres sin cabeza pero con rostro en el pecho, aves de rostro humano. Esta novela tuvo un éxito extraordinario y se expande por el mundo medieval en el que constituye una de las más importantes fuentes de inspiración para los bestiarios medievales<sup>59</sup>, el primero de los cuales es *El Fisiólogo*<sup>60</sup>.

Pero ya decía al comienzo de mi intervención que no son únicamente los arcanos construidos para la racionalización del mundo los que se crean en las sombras de la noche, ni tampoco los cultos o ritos menos visibles. No son sólo cuentos para niños, sino también cuentos para historiadores. Voy a señalar, aunque sea brevemente, un asunto que me interesó hace años y que ahora he redescubierto con desconcierto y no escaso desconsuelo.

Hay un espacio de la noche reservado a Afrodita. El pudor victoriano lo había mantenido oculto, o casi. Son esas cosas que están, pero de las que no se habla. Sin embargo, parece que se ha creado una construcción que merece una mirada socarrona. Me refiero al tan traído y llevado asunto de la prostitución sagrada que, con licencia especial, podemos relacionar con las criaturas de la noche en el espacio religioso propio del encuentro de ARYS que aquí se publica. El texto más famoso, que está en el epicentro de la construcción, es el redactado por Heródoto (1.199) a propósito de las costumbres de los babilonios.

55 Sobre la repercusión de los *Collectana* de Solino en la Edad Media véase López-Ríos, *Op. cit.* 112-113 y, sobre todo, la Introducción de Fernández Nieto.

56 G. Anderson, *Philostratus*, Londres, 1986.

57 P. Pédech, "La découverte de l'Inde après Alexandre", en *Voyages et voyageurs au Proche-Orient ancien*, Cahiers du CEPOA 6, Lovaina, 1994, 175-197.

58 *El descubrimiento*, 298.

59 G. Cary, *The medieval Alexander*, Cambridge, 1956.

60 *El Fisiólogo. Bestiario medieval*, intr. y notas de N. Guglielmi, Edit. Univ. de Buenos Aires, 1971.

“Pero la más indecente de las costumbres que hay entre los babilonios es la siguiente: es forzoso que toda mujer del país se siente, una vez en su vida, en un santuario de Afrodita y se una con un hombre extranjero, y muchas de ellas, por no querer mezclarse con las demás, a causa del orgullo que les inspira su opulencia, se dirigen al santuario en carroza cubierta y allí aguardan, y les sigue detrás una numerosa servidumbre. Pero la mayoría hace lo que sigue: se sienta una gran cantidad de mujeres en el recinto sagrado de Afrodita, cada cual con su corona de cuerda en la cabeza; y unas vienen y otras se van. Y entre las mujeres quedan unos pasillos, trazados a cordel en todas las direcciones, por los cuales circulan los extranjeros para hacer su elección. Y una vez que una mujer ha tomado asiento, no vuelve a su casa hasta que alguno de los extranjeros le echa dinero en su regazo y se une con ella en el interior del santuario. Y al echar el dinero, hay que decir estas solas palabras: “Te quiero en nombre de la diosa Milita”. Milita, por cierto, es el nombre que dan a Afrodita los asirios. Y la cantidad de dinero puede ser la que se quiera; a buen seguro que no lo rechazará, pues no tiene derecho a ello, porque este dinero se vuelve sagrado, y ella sigue al primero que se lo eche, sin rechazar a ninguno. Y una vez se ha unido con él, habiendo cumplido su deber con la diosa, vuelve a su casa, y desde entonces todo lo que les des no será suficiente para conquistarla. Ahora bien, las mujeres dotadas de belleza y buen tipo, pronto se van, pero aquellas de entre ellas que son feas tienen que aguardar mucho tiempo antes de poder cumplir la ley; pues algunas permanecen allí hasta tres y cuatro años. Por cierto que en algún lugar de Chipre existe una costumbre parecida a esta” (Trad. J. Berenguer, *Alma Mater*, Barcelona, 1960).

Este texto ha dado lugar a la llamada “prostitución sagrada” sobre la que existe abundante literatura. Milita es la Afrodita Urania (Clem. Alex., *Protr.* II, 13, 4; Just. XVIII, 5, 4). Se ha querido ver confirmación epigráfica de la práctica en jóvenes de ambos sexos (*CIS* I, 11 y 86), e incluso la transferencia del uso desde el Mediterráneo Oriental a Italia y a la Península Ibérica<sup>61</sup>. También se ha defendido la idea de que las afamadas *puellae gaditane*, que según Marcial (14.203; 6.71; *Juv. Sat.* 11.162 ss.) habrían hecho masturbarse en público al casto Hipólito, eran una reminiscencia, de la prostitución sagrada, nuestras últimas criaturas nocturnas de esta selección, destinadas al santuario de Astarté en Cádiz<sup>62</sup>.

61 L. Delekat, *Katoche, Hierodulie und Adoptionsfreilassung*, Munich, 1964; E.M. Yamauchi, “Cultic Prostitution”, en H.A. Hoffner jr. (ed.), *Orient and Occident. Essays presented to C.H. Gordon on the occasion of his 65<sup>th</sup> Birthday*, Kevelaer-Neukirchen-Vluyn, 1973, 213-222. Una posición crítica ya había sido la de D. Arnaud, “La prostitution sacrée en Mésopotamie, un mythe historiographique?”, *RHR*, 183, 1973, 111-115; W. Fauth, “Sakrale Prostitution im Vorderen Orient und im Mittelmeerraum”, *JbAC*, 31, 1988, 24-39. Sobre la presencia en Italia: M. Torelli, “Il santuario greco di Gravisca”, *PP*, 32, 1977, 429 ss.; *idem*, “I culti di Locri”, *Locri Epizefirii. Atti del XVI Convegno di studi sulla Magna Grecia, Taranto 1976*, Nápoles, 1977, 150-169; a propósito de Acca Larentia: F. Coarelli, *Il Foro Romano*, Roma, 1983, 276-279; *idem*, *Il Foro Boario*, Roma, 1988, 129-130, añádase: M. Beard, “Acca Larentia gains a son: Myths and priesthood at Rome”, *Images of Authority. Papers presented to J. Reynolds on the occasion of her 70<sup>th</sup> birthday. The Cambridge Philological Society. Suppl. 16*, M.M. Mackenzie y Ch. Roueché eds., Cambridge, 1989, 41-61; como ejemplos para otros lugares: F.G. Maier, “Le sanctuaire d’Aphrodite à Paphos”, *Chypre. Les Dossiers d’Archéologie*, 205, 1995, 84-87; P. Mingazzini, “Sulla natura e sullo scopo nel santuario punico di Ras il-Wardija sull’isola di Gozo presso Malta”, *RSF*, 4.2, 1976, 159-166.

62 R. Olmos, “*Puellae gaditanae*: ¿heteras de Astarté?”, *AEspA*, 64, 1991, 100-109.

Pues bien, Budin<sup>63</sup> ha desmantelado todo ese montaje, producto desde la propia Antigüedad de una fascinación, etimológica, de la historiografía viril que buscaba un espacio sacro en su búsqueda de placer, de manera que mediante la sacralización del acto, querido por la voluntad de la diosa del amor, se celebraría sin atentado a la moral en la nocturnidad religiosa requerida por Astarté y, sobre todo, por la fantasía masculina. Así se nos derrumba otro mito, edificado para exonerarnos de la responsabilidad de lo que somos en la historia. Aves pasajeras en una noche divinizada por centenares de criaturas que no quieren estar solas.

#### CONCLUSIÓN

La colección imaginaria de monstruos, seres fantásticos y maravillosos, del día o de la noche, constituye una verdadera alquimia etnográfica que debe interpretarse a través de una serie de aspectos que permiten comprender la construcción racional de la fantasía construida mediante los decires de los viajeros que engrandecen el mundo recorrido con sus exageraciones, embustes y credulidades, así como mediante las imágenes surgidas de los terrores provocados por visiones oníricas o noctámbulas. Lo monstruoso se sitúa en los confines del mundo explorado por los viajeros o por los soñadores. Allí es donde las anomalías personales se convierten en un rasgo étnico. Es así cómo se produce una transposición de las deformaciones contrastables en el propio mundo griego hasta convertirlas en una característica esencial de los rasgos étnicos de los habitantes de la periferia, donde no domina el orden, sino el caos. Para darle credibilidad al funcionamiento real de ese mundo imaginario liminal, los defectos físicos del mundo ordenado se convierten en ventajas adaptativas del *ethnos* monstruoso y oscuro en su hábitat. Esos cuerpos deformes contrastan con el ideal del canon griego, de modo que se construye una alteridad antropológica que les permite explicarse el mundo y las ventajas del propio orden.

Paradójicamente, en ocasiones, los habitantes imaginarios de los territorios fronterizos y de la noche no reflejan espacios sociales caóticos, sino que con frecuencia sirven de estímulo antropológico para mostrar la existencia de sociedades justamente organizadas, donde los problemas del mundo propio son inexistentes, con lo que sirven de modelo para imaginar un orden social superior. Así es como se reconoce, por ejemplo, la calidad del sistema social en la India, referente de sabiduría constante para el mundo griego, o de esa manera

63 S.L. Budin, *The Myth of Sacred Prostitution in Antiquity*, Cambridge, 2008. De esta forma tan categorica se expresa en la primera página de su introducción: "Sacred prostitution never existed in the Ancient Near East or Mediterranean", con mayúsculas en el texto original. Es importante señalar el antecedente que para esta tesis supuso el artículo de M. Beard y J. Henderson, "With this Body I Thee Worship: Sacred Prostitution in Antiquity", en M. Wyke (ed.), *Gender and the Body in the ancient Mediterranean*, Oxford, 1998, 56-79, así como el de F. Glinister, "The Rapino Bronza, the Touta Marouca, and Sacred Prostitution in Early Central Italy", en A.E. Cooley (ed.), *The Epigraphic Landscape of Roman Italy*, Londres, 2000, 19-38, donde se niega la existencia en el ámbito etrusco o itálico. Con posterioridad y en la misma dirección se ha publicado una colección de artículos procedentes de un congreso en la Universidad de Oldenburg celebrado en 2007: T.S. Scheer (ed.) y M. Lindner (col.), *Tempelprostitution im Altertum. Fakten und Fiktionen*, Oikumene Studien zur antiken Weltgeschichte, Band 6, Berlín, 2009.

se accede a la divinidad, mediante la ayuda de los animales nocturnos que sirven de guía.

En definitiva, los monstruos sirven para representar lo extraño, incluso Aristóteles que pretende racionalizar desde un punto de vista biológico lo monstruoso, no puede sustraerse a la idea de que lo ajeno está precisamente caracterizado mediante rasgos distintivos que connotan al monstruo. Y esos monstruos son manifestaciones de la voluntad divina que se hace patente por la noche, cuando se engendran las anomalías, en presencia de sus animales custodios, que presagian la inmediata epifanía divina.

